

—Los llevo... Wattelet, pide el libro.

Aquel libro, en el que se inscribían todas las apuestas del Gran Club, era tan curioso é instructivo en su género, como los de la caverna Levis. Los más grandes nombres de la aristocracia francesa, sancionaban las apuestas más estrambóticas, las más tontas, como, por ejemplo, la del duque de Courson-Launay, que habiendo apostado y perdido todo el vello de su cuerpo, se vió obligado á depilarse, sin poder andar ni sentarse en quince días. Y aún había otras invenciones mucho más extravagantes; y firmas de héroes, inscritas en cien gloriosos pergaminos, se mezclaban y confundían en aquel album de la locura.

Al rededor de los jugadores, se agrupaban varios miembros del Club con respetuosa curiosidad. Y aquella ridícula y cínica apuesta, excusable acaso entre las risas y la embriaguez de una juventud desbordada, tomaba, ante la gravedad de aquellos cráneos calvos, ante las dignidades sociales que representaban, ante la importancia heráldica de las firmas comprometidas, el carácter de un tratado internacional para el arreglo de los destinos europeos.

La apuesta se formuló así;

*«El 3 de Febrero de 1875, S. M. Christian II ha apostado dos mil lises á que se acostaría con Sefora L... antes del fin del corriente mes.»*

*«Su alteza real monseñor el príncipe d'Axel admite la apuesta.»*

—¡Debian haber firmado Rigolo y Cola de gallina!—se decía Wattelet al llevar el libro, apareciendo sobre su rostro de clown mundano la crispatura de una maligna sonrisa.

## VI

## La bohemia del destierro.

—¡Bien, bien! ¡Ya conocemos eso!... «Aoh... Yes... Goddam... Shoking!...» Cuando no quereis pagar ni responder os servís de esa moneda... Pero Ribí no muerde ese cebo... Arreglemos nuestras cuentas, viejo marrullero...

—¡Oh... mister Lebeau, vos hablar á mí con una vehemencia!...

Y para decir aquella palabra «vehemencia,» que parecia orgulloso de contar en su vocabulario, porque la repitió dos veces seguidas, J. Tom Levis se echó hácia atrás, inflado el pecho y desapareciendo en la enorme corbata blanca de clérigo inglés que envolvía el cuello. Al mismo tiempo, sus pupilas empezaron á girar, á girar, embrollando en sus ojos muy abiertos su indecifrible pensamiento, mientras que la mirada de su adversario, ondulante y rastrera bajo de sus medio cerrados párpados, respondía á la facundia callejera del inglés, con la arteria visible aún en su hocico estrecho y erizado de comadreja. Con sus cabellos claros, rizados y ensortijados, sus trages austeramente negros y cerrados, la corrección de su circumspecta elegancia, mae-se Lebeau tenía algo de procurador del antiguo Chatelet; pero como no hay nada igual á los debates, á las cóleras de interés,

para hacer resaltar la verdad de las naturalezas humanas, en tal momento, aquel hombre tan bien educado, pulero como sus uñas, el agradable Lebeau, pesadilla de las antecámaras reales, antiguo lacayo en las Tullerías, dejaba ver su odioso carácter, altanero y duro con la ralea.

Para abrigarse de uno de esos nublados de primavera, que lavaba las losas del patio, los dos compadres se habían refugiado en la extensa cochera de blancas paredes, nuevamente restauradas, guarnecidas á la altura de hombre, con un espeso acolchonado, que protegía contra la humedad los numerosos y magníficos carruajes, alineados, rueda contra rueda, desde las carrozas de gala, todo espejos y dorados, hasta el comfortable charaban de los almuerzos de caza, desde el ligero faeton de las carreras hasta el trineo de que la reina se servía para pasear por el lago en tiempo de hielos, guardando todos en la semiclaridad de la cochera su fisonomía lijera ó maciza de las bestias de lujo, deslumbrantes y vistosas como los caballos fantásticos de las leyendas asirias. La vecindad de las cuadras, en las que se oían los resoplidos, las sonoras patadas contra los pesebres, el guardarnés entrecabierto, mostrando su encerado suelo, sus artesonados de sala de billar, los látigos en el astillero, los arneses, las sillas en sus caballetes, formando trofeos en las paredes con reflejos acerados y guirnaldas de bridas de todas clases, completaban aquella impresion de confort y de aristocrática vida.

Tom y Lebeau disputaban en un extremo, y sus fuertes voces dominaban el ruido de la lluvia sobre el enlosado pavimento. El ayuda de cámara, sobre todo, que se sentía en su casa, hablaba á gritos. ¡Quién comprende á este filibustero de Levis!... ¿Quién hubiera creído semejante accion?... Cuando sus majestades habían abandonado el hotel de las Pirámides, ¿quién había preparado el negocio? ¿Era Lebeau, sí, ó no? Y esto, á pesar de todo el mundo, á pesar de hostilidades perfectamente declaradas... ¿En qué se había convenido? ¿No debían partir por mitad

todas las comisiones, todas las propinas de los proveedores? ¿Era esto cierto, vamos á ver?

—¡Aohl... yes... Ser cierto todo.

—Entónces, ¿para qué hacer trampas?

—No... no... yo jamás hacer trampas,—decía J. Tom Levis, con la mano en el pecho.

—¡Vaya, viejo embustero!... Todos los proveedores os dan el cuarenta por ciento, tengo pruebas de ello... y vos decir que sólo recibes el veinte. Lo que pasa es, que del millon que ha costado la instalacion de San Mandé, yo tengo el cinco por ciento, ó sean cincuenta mil francos, y vos, el treinta y cinco, es decir, siete veces cincuenta mil francos, es decir, trescientos cincuenta mil francos... trescientos cincuenta mil... trescientos cincuenta mil...

Y se ahogaba de rabia como si aquella cifra se le hubiese atravesado en la garganta como una espina. Tom trataba de calmarlo. En primer lugar, todo aquello era muy exagerado... Luego, el agente tenia que hacer enormes gastos... Su alquiler de la calle Real, que el casero acababa de aumentarle... Muchos fondos esparcidos, y ninguna cobranza... Sin contar que para él no era más que un negocio pasajero, mientras que Lebeau se quedaba siempre allí, en una casa en que se gastaban más de doscientos mil francos por año, y por lo tanto, las ocasiones no podían faltarle.

Pero el ayuda de cámara no lo comprendía así. A nadie le importaban sus asuntos, y seguramente no se dejaría estafar por aquella especie de puerco inglés.

—Señor Lebeau, vos ser un impertinente... yo no querer ya más hablar con vos.

Y Tom Levis hizo ademán de ganar la puerta; pero el otro le estorbó el paso. ¡Irse sin pagar! ¡Ah, eso no!.. Sus labios estaban pálidos, su hocico de comadreja rabiosa se adelantaba trémulo contra el inglés, siempre con su calma y una tan irritante sangre fría, que al fin el ayuda de cámara, perdiendo

toda su prudencia, le puso el puño cerrado debajo de la nariz lanzándole una grosera injuria. Con un revés de su mano, rápidamente como un quite de espada, y que pertenecía más á un jugador de *savate* (1) que de boxeador, el inglés le hizo bajar el brazo, diciéndole en el más puro acento del faubourg San Antonio.

—¡Abajo las patas, chiquillo, ó te reviento!

El efecto de aquellas palabras fué prodigioso. Lebeau, estupefacto, empezó á mirar á su alrededor para ver si en efecto era el inglés el que hablaba; luego su mirada, fija en Tom Levis súbitamente muy encendido y con ojos amenazadores, se iluminó con una loca alegría en que vibraban los sobresaltos de su cólera anterior, y que concluyó por ganar al mismo agente de negocios.

—¡Oh! ¡Condenado burlon... condenado burlon!... ¡Debía haberlo supuesto!... ¡Vaya un inglés!

Y los dos se reían, casi sin poder respirar, cuando se abrió bruscamente la puerta del guarnés y apareció la reina. Habiendo entrado un momento en la inmediata habitacion, donde acababa de dejar á su jaca favorita, no habia perdido una palabra de la conversacion. Naciendo de tan abajo, poco le importaba la traicion. Con anterioridad sabia muy bien á qué atenerse respecto de Lebeau, aquel falso lacayo, testigo de todas sus humillaciones, de todas sus miserias; al otro, al hombre del *cab*, apenas lo conocia; era un proveedor. Pero aquella gente acababan de hacerla saber cosas graves. Así, la instalacion en San Mandé costaba un millon, su existencia, que creian tan modesta, tan restringida, doscientos mil francos al año, y apenas tenian cuarenta mil. ¿Cómo habia estado tanto tiempo ciega sobre un tren de vida, y sobre la insuficiencia de sus verdaderos recursos? ¿Quién subvenia á todos aquellos gastos? ¿Quién pagaba por ellos aquel lujo, casa, caballos, y además sus trajes y hasta sus caridades personales?... La vergüenza le abrasaba las mejillas á

(1) *Savate*: Zueco, modo de lucha francesa.

este pensamiento, mientras atravesaba el pátio á pesar de la lluvia, y subia precipitadamente la escalinata de la intendencia.

Rosen, ocupado en clasificar facturas sobre las que se veian pilas de luisés, se sorprendió al verla, levantándose sobresaltado.

—No, quedáos,—dijo la reina con brusca voz, é inclinándose sobre el escritorio del duque, en que apoyaba su mano aun cubierta del anteado guante, resuelta, dominante, autoritaria, añadió:

—Rosen, ¿de qué vivimos hace dos años?—¡Oh! nada de subterfugios. Sé que todo lo que yo creia alquilado ha sido comprado en nuestro nombre y pagado. Sé que San Mandé sólo nos cuesta más de un millon, el millon que tragimos de Iliria. Me direis quién nos ayuda desde entonces, y qué manos son las que nos dan esa limosna?

El rostro trastornado del anciano, el temblor lamentable de sus cien arrugas, revelaron la verdad á Federica.

—¡Vos!... ¡Habeis sido vos!

Jamás ella lo hubiera creido; y mientras que él se escusaba, balbuceando las palabras «deber... gratitud... restitucion...»

—Duque,—le dijo violentamente,—el rey no vuelve á tomar parte jamás lo que una vez ha dado, y no se sostiene á la reina como á una bailarina.

Y sus ojos vertieron dos chispeantes lágrimas, lágrimas de orgullo que no cayeron.

—¡Oh! Perdon, señora, perdon.

El pobre duque era tan humilde, le besaba el extremo de sus dedos con una tal expresion de pena, que ella continuó un poco más sosegada.

—Haced un balance del estado de vuestros adelantos. Se os dará un recibo, y el rey os pagará lo más pronto posible. En cuanto á los gastos, yo me encargo de ellos desde hoy. Vendemos los caballos y los carruajes, y se disminuirá el personal de la casa. Los príncipes en el destierro deben contentarse con poco.

El viejo duque tuvo un verdadero arranque.

—Desengañaos, señora. Es sobre todo en el destierro donde la dignidad real tiene necesidad de todo su prestigio. ¡Ah, si se me hubiera escuchado, no es aquí, no es en un barrio retirado, con una instalacion todo lo más propia de una estacion de baños, á donde sus majestades hubieran venido á vivir. Yo los hubiera llevado á un palacio, á la taz del París del gran mundo, convencido como estoy de que lo que deben temer más los reyes desposeídos, es ese abandono que van adquiriendo desde que entran en el rango, en las familiaridades, el roce de toda clase de gente. Yo sé... yo sé... que me han tratado de ridículo con mis preguntas de etiqueta, mi rigorismo infantil y anticuado. Y sin embargo, estas formas son más que nunca importantes; ellas ayudan á guardar el orgullo de la clase tan fácilmente perdido en la desgracia. Es la inflexible armadura que mantiene de pié al soldado aún cuando esté herido de muerte.

La reina se quedó un momento sin responder, herida su pura frente por una reflexion que le ocurría. Luego alzando la cabeza.

—Es imposible,—dijo:—hay un orgullo más alto que ese...

—Quiero que desde esta noche tengan lugar las reformas que he dicho.

Entonces él, instando, suplicando así:

—¡Oh! Vuestra majestad no piense en ello... Una venta de caballos, de carruajes... Una especie de quiebra real... ¡Qué choque! ¡Qué escándalo!

—Lo que pasa es mucho más escandaloso.

—¿Y quién lo sabe?... ¿Quién lo sospecha siquiera? ¿Cómo presumir que es el viejo avaro de Rosen el que?... Vos misma vacilabais hace un momento... ¡Oh! señora, señora, os lo ruego, os conjuro á que aceptéis lo que vos llamais mi sacrificio... Además, que sería intentar lo imposible. Vuestras rentas anuales apenas bastan para el bolsillo de juego del rey.

—El rey no jugará más, señor duque.

Esto fué dicho con un tono... con una mirada... Rosen no insistió. Sin embargo, se permitió añadir:

—Haré lo que desea V. M. Pero la suplico que tenga presente que todo lo que yo poseo es suyo, y que en caso de apuro, merezco ser el primero á quien V. M. se dirija.

Seguro estaba de que esto sucedería muy pronto.

Desde el día siguiente empezaron las reformas anunciadas. La mitad de la baja servidumbre fué despedida, los carruajes inútiles enviados al Tattershall, en donde se vendieron en bastantes buenas condiciones, escepto las carrozas de gala y un coche monumental histórico, demasiado incómodos para particulares.

Sin embargo se deshicieron de ellas, gracias á un Circo americano, que acababa de instalarse en París, con una profusion de reclamos; y aquellos espléndidos carruajes que Rosen habia mandado hacer, para conservar á sus príncipes un poco de la desaparecida pompa y en la lejana esperanza de la vuelta á Leybach, sirvieron para exhibiciones de enanos chinos y monos sábios, para cabalgatas históricas y apoteosis á lo Franconi.

Al finalizar las representaciones, sobre la pisoteada arena, á los acompañados acordes de la orquesta, se vieron á aquellos régios carruajes, con sus escudos apenas borrados, dar tres vueltas al circo, mientras que aparecia por las ventanillas alguna figura grotesca, ó la embrutecida cabeza con cabellera rizada, el busto encerrado en mallas de seda rosa, de algun famoso gimnasta, con la frente húmeda aún de sudor y pomada, que saludaba á la entusiasmada multitud. Aquel espólio de las consagraciones, caido entre la paja de la alta escuela y encerrado entre caballos y elefantes, prodigios... ¡qué triste presagio para los tronos!

La venta en el Tattershall, al mismo tiempo que se anunciaba la de los diamantes de la reina de Galicia en el Hotel Drouot, cuyos anuncios cubrian todas las esquinas de las calles, hizo algun ruido; pero París no se detiene largo tiempo en

las mismas preocupaciones, porque sus ideas siguen la versátil marcha de los periódicos. Durante veinticuatro horas se habló de las dos ventas. Al día siguiente nadie se ocupaba de ellas. Christian II aceptó sin resistencia las reformas establecidas por la reina; después de su última calaverada, guardaba con ella una actitud confusa, humillando aquella niñada voluntaria de que pretendía una excusa de su libertinaje. Además, ¿qué le importaban todas aquellas reformas? Su vida, toda disipación y placeres, se pasaba fuera de casa. Y cosa sorprendente, en seis meses no recurrió á la bolsa de Rosen. Esto le enaltecía algo á los ojos de la reina, satisfecha también de no ver estacionar en el pátio el cab fantástico del inglés, y de no encontrar en las escaleras la obsequiosa sonrisa de cortesano acreedor.

Sin embargo, el rey gastaba mucho divirtiéndose más que nunca. ¿De dónde sacaba dinero? Eliseo lo supo del modo más extraño por el tío Sauvadon, aquel buen hombre al que daba en otro tiempo ideas sobre las cosas, única relación que había conservado desde su entrada en la calle de Herbillon. De tiempo en tiempo iba á almorzar con él á Bercy, á llevarle noticias de Coletta, á quien el buen hombre se quejaba de no ver. Coletta era su hija adoptiva, la hija de un hermano pobre tiernamente amado y sostenido hasta la muerte. Siempre ocupado de ella, había pagado sus nodrizas y su ropita de cristianar, y más tarde su educación en el convento más afamado de París. Ella era su vicio, su vanidad viva, el lindo maniquí que adornaba con todas las ambiciones que bullían en su cabeza vulgar de millonario hecho de la noche á la mañana; y cuando en el locutorio del Sagrado Corazón, la niña Sauvadon decía á su su tío en voz baja:

«La madre de esa es baronesa, duquesa ó marquesa.» El tío millonario, alzando los hombros respondía: «Haremos de tí algo más.» Y en efecto, la hizo princesa á los diez y ocho años.

En París no faltan altezas á caza de dotes; la agencia Lewis tenía un buen surtido de ellas, y sólo faltaba entenderse respecto al precio. Sauvadon conoció que dos millones no era mu-

cho para figurar en un extremo del salón, cuando la joven princesa Rosen recibía, para tener el derecho de mostrar su vulgar sonrisa entre los pocos favoritos mujeriegos fuera de moda desde la época de Luis Felipe. Los ojos pardos, vivos, maliciosos —los ojos de Coletta— atenuaban un poco lo balbuciente, tonto é incorrecto que producía aquella boca gruesa, mal hecha, incompleta, arqueada, y las revelaciones de aquellas manos cuadradas, que aún cubiertas con guantes color de paja, se acordaban de haber rodado toneles en los muelles.

Al principio Sauvadon desconfiaba, no hablaba, sorprendía, asustaba á la gente con su mutismo. ¡Claro! No es en el depósito de Bercy, en el tráfico de vinos del Mediodía arreglados con fuschina ó palo de campeche, donde se aprende; poco á poco, gracias á Meraut, se formó algunas opiniones ya conocidas, aforismos atrevidos sobre los acontecimientos del día, el libro á la moda. El tío habló, y no salió muy mal, aparte de algunas patochadas capaces de hacer caer el techo, y la sorpresa que causaban en torno de aquel agnador con chaleco blanco ciertas teorías á lo Maistre expresadas pintorescamente. Pero hé aquí que los soberanos de Iliria le arrebatában á la vez su proveedor de ideas y el modo de darlas al público. Coletta, ocupada en sus funciones de dama de honor, no salía de San-Mandé; y Sauvadon conocía demasiado al jefe de la casa civil y militar, para esperar ser allí admitido. Ni aun había hablado de ello. ¡Un duque conduciendo y presentando aquello á la soberbia Federica!.. ¡Un vinatero de Bercy! Y no un comerciante retirado, sino en plena actividad; porque, á pesar de sus millones, á pesar de las súplicas de su sobrina, Sauvadon trabajaba aún, pasaba su vida en el depósito, sobre el muelle, con la pluma en la oreja, erizado su blanco tupé, en medio de carreteros, marineros que desembarcaban y cargaban barricas, ó bien bajo los gigantescos árboles del parque antiguo, mutilado, despedazado, en el que se alineaban sus riquezas debajo de los cobertizos en innumerables toneles. «Yo me moriría si no trabajase», decía. Y en efecto, vivía

del ruido que las barricadas hacían al rodar, y del excelente olor que subía de aquellos grandes almacenes, en húmedas cuevas, en donde había debutado cuarenta años atrás como aprendiz de tonelero.

Era allí á donde Eliseo iba á visitar á su antiguo discípulo y á saborear uno de esos almuerzos que no se saben hacer más que en Bercy, bajo los árboles del parque ó la bóveda de la bodega, con el vino fresco sacado de las cubas, el pescado saltando en el vivero, y las suculentas composiciones á la marinera como en el fondo del Languedoc ó los Vosgos. Ahora ya no se trataba de ideas sobre las cosas, puesto que ya no se iba á las soirées de Coletta, pero al buen hombre le gustaba oír hablar á Meraut, y verle beber y comer con franqueza, porque siempre tenía ante la vista el tugurio de la calle Monsieur-le-Prince y trataba á Eliseo como á un verdadero naufrago de la vida. Tiernas demostraciones de un hombre que ha conocido el hambre hácia otro que sabe que es pobre. Meraut le daba noticias de su sobrina, de su vida en San Mandé, le traía el reflejo de aquellas grandezas que tan caro costaban al buen hombre y de las que jamás sería testigo. Sin duda que él estaba orgulloso al pensar en la jóven dama de honor que comía con reyes y reinas y formaba parte del ceremonial de una corte; pero la pena que sentía al no verla aumentaba su mal humor, sus reñecos contra el viejo Rosen.

—¿Qué tiene ese hombre para ser tan vanidoso? ¿Su nombre, su título?... Yo con mi dinero los he comprado.. ¿Sus cruces, sus cordones, sus placas? ¡Eh! Las tendré cuando quiera... Pero á propósito, Meraut, vos no sabéis... Desde la última vez que nos vimos he tenido una gran fortuna.

—¿Cuál, tío?

Le llamaba «tío» por una familiaridad afectuosa, propia del Mediodía, para dar un título á la simpatía particular que experimentaba por el viejo comerciante.

—Querido, tengo la cruz de comendador del Leon de Iliria... ¡Y el duque que está tan orgullo con su gran cordon!... El día de

año nuevo le haré una visita con mi placa puesta... y esto le enseñaré á...

Eliseo no podía creerlo. ¡La Orden del Leon! Una de las más antiguas, de las más rebuscadas en Europa... concedida al tío Sauvadon, al «tío!»... ¿Por qué?... ¿Por haber vendido vino adulterado de Bercy?

—¡Oh! es muy sencillo,—dijo guiñando sus ojillos grises,—he pagado el grado de comendador como hubiera pagado el título de príncipe... Si aprieto un poco más, obtengo el gran cordon de la orden, porque también se vendía.

—¿En dónde?—preguntó Eliseo, poniéndose pálido.

—En la agencia Levis, calle Real... De todo se encuentra en casa de ese maldito inglés... Mi cruz me ha costado diez mil francos... el cordon valía quince mil... Yo conozco á quien lo ha comprado... ¿A que no adivináis? Biscarat, el peluquero, Biscarat, el del boulevard de los Capuchinos... ¡Pero, hombre, si todo París lo sabe!... Id á casa de Biscarat y vereis en el fondo del salen en que afeitada en medio de sus treinta oficiales, una inmensa fotografía que le representa en traje de Figaro, con la navaja en la mano y el cordon de la orden al cuello... Este retrato se halla reproducido en pequeño en todos los frascos del establecimiento... Si el general viese esto, el bigote se le metería por la nariz... como cuando hace... ya sabéis...—Y trataba de imitar el gesto del general; pero como no tenía bigote, no resultaba el efecto.

—¿Y tenéis ya el diploma, tío? Descaría verlo...

Eliseo conservaba la esperanza de que sería un documento falso, clase en que la agencia Levis traficaba sin escrúpulo. ¡No!... Todo era regular, extendido segun la fórmula, sellado con las armas de Iliria, conteniendo la firma de Boseovich y el garrapato del rey Christian II. No había lugar á dudas. Se había establecido un comercio de cruces y cordones, con el permiso del rey: además, para acabar de convencerse, Meraut, en cuanto llegó á San Mandé, no pensó más que en dirigirse al cuarto del consejero.

En un extremo del inmenso salon que ocupaba la parte alta de la casa, sirviendo de gabinete de trabajo á Christian, el que jamás trabajaba, de sala de armas, de gimnasio, de biblioteca, encontró á Boscovich rodeado de cajas en que las últimas plantas que habia recogido se secaban entre hojas de papel Bull, superpuestas las unas encima de las otras. Desde su destierro, el sábio habia empezado á formar una coleccion en los bosques parisiens de Vicennes y de Boulogne, que encierra la más rica flora de Francia. Además habia comprado el herbario de un famoso naturalista que acababa de morir; y perdido en el exámen de sus nuevas riquezas, su cabeza exangüe, sin edad, inclinada sobre el cristal de aumento de un gran lente; levantaba una á una con suma precaucion las pesadas páginas, entre las que aparecian las plantas, extendidas de la corola á las raíces aplastadas, perdidos en los bordes sus matices. Lanzaba un grito de alegría, de admiracion, cuando el modelo estaba intacto, bien conservado, y le consideraba largo tiempo, con los lábios húmedos, leyendo en alta voz su nombre latino, y la explicacion escrita en el márgen inferior de la página. Otras veces era una exclamacion de cólera, la que se le escapaba, al ver la flor atacada, perforada por ese gusano imperceptible tan conocido de los herboristas, átomo nacido del polvo de las plantas, y viviendo de él, que es el peligro, y muchas veces la pérdida de las colecciones. El tallo sólo se sostenia, pero en cuanto se movia la hoja, todo caia, todo volaba, flores, raíces en un ligero torbellino.

—¡Es la taraza! Es la taraza!...—decia Boscovich, clavada la vista en el lente; y señalaba con aire desolado, al par que orgulloso, una perforacion semejante á la de la carcoma en la madera, que indicaba el paso del mónstruo. Eliseo no podia conservar sospecha alguna. Aquel maniático era incapaz de una infamia, pero también de hacer la menor resistencia. A la primera palabra que oyó de condecoraciones, se puso á temblar, mirando al soslayo por encima del lente, temeroso y desconfiado... ¿Qué venian á contarle á él? Sin duda el rey, en aquellos últi-

mos tiempos, le habia hecho preparar algunos diplomas de todos grados, con el nombre en blanco; pero nada más sabia, y jamás se hubiera atrevido á preguntarle nada á su príncipe.

—Pues bien, señor consejero,—dijo Eliseo con gravedad,—os prevengo que S. M. comercia con sus cruces por medio de la agencia Levis.

Y le contó la historia del barbero gascon que tanto entretenia á todo París. Boscovich lanzó uno de esos chillidos de mujer. En el fondo se escandalizó muy poco; todo lo que no entraba en su manía no le interesaba nada. Su herbario, dejado en Leibach, representaba para él la pátria; la coleccion que preparaba en Francia, el destierro.

—¡Ya veis que eso es indigno!... Un hombre como vos... ayudar á tan odiosos manejos!

Y el otro, desesperado de que se le abriesen los ojos á la fuerza sobre lo que no queria ver,

—¡*Ma chel!... ¡Ma chel!*... ¿Qué es lo que puedo hacer en ello mi buen Meraut? El rey, es el rey... Cuando dice: Boscovich, escribe eso... mi mano obedece sin pensar... sobre todo, S. M. es tan bueno para mí... tan generoso. El es quien viéndome desesperado por la pérdida de mi herbario, me ha regalado éste... 1.500 francos, una ocasion magnífica... Y además obtuve de prima el *Hostus Clifortianus* de Lineo, edicion *princeps*.

Necia y cínicamente el pobre diablo descubria su conciencia. Todo en él estaba seco y muerto, color de herbario. La manía, cruel como el imperceptible insecto de los naturalistas, todo lo habia perforado, roido de parte á parte. Sólo se conmovió cuando Eliseo le amenazó con decirselo á la reina. Entonces el maniático soltó el lente, y en voz baja, dando suspiros de beata al pié de confesonario, se franqueó por completo. A su vista pasaban muchas cosas que no podia evitar, pero que le repugnaban. El rey tenia muy malos lados.—¿*E poi che volete?* (añadia) No tenia vocacion para el trono... ni gusto por la corona... Jamás lo habia tenido. Así... mirad... ya me acuerdo... Hace

mucho tiempo de esto... en vida del rey Leopoldo... cuando tuvo su primer ataque al levantarse de la mesa, y fueron á decir á Christian que iba á suceder á su tío, el niño —entónces solo tenia doce años y estaba jugando al aro en el patio de la residencia,—el niño se echó á llorar, á llorar... una verdadera crisis nerviosa... decia: «¡Yo no quiero ser rey! ¡Que pongan en mi lugar á mi primo Estanislao!...» Muchas veces me acuerdo de este episodio, al ver en los ojos de Christian II la expresion de terror que tenia aquella mañana, agarrándose con fuerza á su macito, como si tuviera miedo de que lo llevaran á la sala del trono, gritando: «¡Yo no quiero ser rey!»

Todo el carácter de Christian se explicaba por aquella anécdota. Sin duda alguna no era un mal hombre, sino un hombre niño, casado demasiado jóven, con ardientes pasiones y vicios hereditarios. La vida que llevaba, las noches pasadas en el círculo, las queridas, las cenas, están dentro del método de vida normal de los maridos en cierta clase de la sociedad. Todo agravaba aquel papel de rey que no sabia sostener, responsabilidades superiores á su talento y á sus fuerzas, y sobre todo, el destierro, que le desmoralizaba lentamente. Naturalezas mucho más sólidas que la suya no saben resistir al desarrollo de hábitos trastornados, á la incertidumbre revelada, con la esperanza insensata, las angustias, la enervación de la confianza. Como el mar, el destierro tiene su entorpecimiento; abate y adormece. Es una fase de transición. No se libra uno del fastidio de las largas travesías, mas que por ocupaciones fijas ó empleando ciertas horas en un regular estudio. Pero, ¿en qué puede ocuparse un rey que ya no tiene pueblos, ni ministros, ni consejos, ni nada que decidir ó firmar, pero sí bastante talento ó escepticismo para no divertirse con el simulacro de todas estas cosas, siendo bastante ignorante para intentar una diversion hácia algun otro asiduo trabajo? El destierro es la mar, pero tambien es el naufragio, arrojando á la playa los pasajeros de primera clase, los privilegiados, confundidos y mezclados con los pasajeros de entrepunte

y de cubierta. Se necesita un gran prestigio, un verdadero temperamento de rey para no dejarse invadir por familiaridades, promiscuidades degradantes de que más tarde se tendrá que ruborizar y sufrir, para conservarse rey en medio de las privaciones, de las deshonras que mezclan y confunden las clases de nuestra miserable humanidad.

¡Ay! Aquella bohemia del destierro de que el duque de Rosen la habia preservado tanto tiempo á costa de grandes sacrificios, empezaba á invadir la casa de Iliria. El rey apelaba ya á expedientes para sufragar los gastos de sus diversiones. Empezaba por estender pagarés, como un hijo de familia, hallando que no habia cosa más sencilla, ni más cómoda, doctrina de Tom Levis, que aquellos bonos «contra nuestra caja» que en otro tiempo dirigia al jefe de la casa civil y militar. Pero llegaba el vencimiento del plazo y de los pagarés, se aumentaban con una porcion de renovaciones, hasta que un dia, Tom Levis, que se hallaba completamente en seco, inventó aquel gracioso tráfico de los diplomas, pues que el oficio de rey sin pueblo ni lista civil no presentaba otro recurso. El pobre Leon de Iliria, despedazado como una vil res, fué dispuesto en cuartos y lonjas, vendido á la voz y al por menor, á tanto la melena y la gola, las costillas y las garras. Y aquello no era más que el principio. En el *cab* de Tom Levis, el rey no podia detenerse en tan hermoso camino. Es lo que se decia Meraut, al bajar del cuarto de Boscovich. Muy bien comprendia que nada se podia sacar del consejero, fácil de engañar como todo aquel que tiene una manía. El mismo era demasiado nuevo, demasiado extraño á la casa para tener alguna autoridad sobre el espíritu de Christian. ¿Por qué no se dirigiria al viejo Rosen?... ¡Ni por pienso! A las primeras palabras del preceptor, el duque le lanzaría la terrible mirada de las religiones ofendidas. El rey, por bajo que cayera, era siempre rey por esto mismo. Tampoco podia esperar recurso alguno por parte del monje, cuyo rudo semblante no aparecia mas que á largos intervalos, entre dos viajes, cada vez más tostado y más flaco.

Y á la reina, ¿por qué no?... ¡Ah!... ¡La veía tan triste, tan agitada hacía algunos meses, con su bella y pura frente surcada por las nubes de graves cuidados, cuando daba sus lecciones, que escuchaba distraidamente, ausente su pensamiento y el gesto suspendido sobre su trabajo!... Grandes preocupaciones la agitaban, extrañas para ella, preocupaciones de dinero, la humillación de todas aquellas manos que se tendían hacia ella, y que ella no podía llenar. Proveedores, necesitados, compañeros de destierro y de infortunio... El triste oficio de soberano tiene muchos cargos, aún cuando carezca de derechos. Todos los que habían aprendido el camino de la casa en prosperidad, esperaban ahora largas horas en las ante-cámaras, y muchas veces, cansados de esperar, se retiraban pronunciando palabras, que la reina adivinaba sin oírlas, en el modo de marcharse los descontentos, en su laxitud de gentes despedidas tres veces. Vanamente ensayaba de poner orden en su nuevo método de vida; pero á ello se oponía la desgracia, pues las colocaciones de dinero eran malas y los valores se hallaban paralizados. Era preciso esperar ó perderlo todo. ¡Pobre reina Federica, que creía haber experimentado verdaderos sufrimientos!... Aun le faltaban aquellas miserias que marchitan el contacto duro y cruel de la vida banal y cotidiana. Había fines de mes en los que pensaba de noche, estremeciéndose como un principal de una casa de comercio. Algunas veces se hallaban atrasadas las soldadas de los criados, y ella tenía comprender, en el retardo del cumplimiento de una orden, en una mirada un poco menos humilde, el descontento de un servidor. En fin, ella conocía la deuda, la deuda fatigosa, y que fuerza con la insolencia de su persecución las puertas más altas y las más doradas. El viejo duque, mudo y grave, espiaba todas las angustias de la reina y giraba á su alrededor para decirla: «Yo estoy aquí.» Pero ella estaba decidida á agotar todo antes de volverse atrás, antes de acudir á aquel á quien había abrumado con su orgullosa lección.

Una noche se velaba en el gran salon, velada monótona y

siempre la misma, que prescindía de la asistencia del rey como de costumbre. Bajo el candelabro de plata se instalaba la partida de *whist*, lo que se llamaba el juego de la reina; el duque, enfrente de S. M. con Eleonora y Boscovich, por contrarios. La princesa tocaba en el piano alguno de aquellos «Ecos de Iliria» que Federica no se cansaba nunca de oír, y que á la menor señal de satisfacción, la música los acentuaba en canto de guerra ó de bravura. Aquellas evocaciones de la pátria, haciendo aparecer en el rostro de los jugadores una húmeda sonrisa, una expresión heroica, rompían la atmósfera del destierro resignado, de los cambiados hábitos, en aquel rico salon particular que habitaban sus magestades.

Dieron las diez.

La reina, en vez de subir á sus habitaciones como todas las noches, dando con su marcha la señal de retirada, paseó una distraída mirada á su alrededor.

—Podeis retiraros—dijo,—yo tengo que trabajar con M. Meraut.

Eliseo, ocupado en leer al lado de la chimenea, se inclinó cerrando el libro que estaba ojeando, y pasó á la sala de estudio para tomar plumas, tinta, lo necesario para escribir.

Cuando volvió, la reina estaba sola, oyendo rodar los carruajes por el embaldosado del patio, mientras se cerraba el gran porton, y por los pasillos y escaleras del hotel sonaban las idas y venidas que preceden en una casa numerosa á la hora del reposo.

En fin, reinó el silencio, silencio aumentado por dos leguas de bosque que amortiguaba en el ruido del viento los lejanos rumores que venían de París. El desierto salon, alumbrado aún en aquella calma y soledad, parecía dispuesto para alguna trágica escena. Federica, con los codos sobre la mesa, rechazó con la mano la carpeta preparada por Meraut.

—No; no... Esta noche no trabajamos,—le dijo—ha sido un pretexto... Sentaos y hablemos...

Y luego más bajo:

—Tengo que preguntaros algunas cosas.

Pero lo que iba á decir le costaba probablemente mucho, porque se recogió un minuto, con la boca y los ojos medio cerrados, con aquella expresion profundamente envejecida y dolorosa que Eliseo le habia visto algunas veces, y que le hacia parecer aquel bello rostro aun más bello, marcado con toda la abnegacion, con todos los sacrificios, surcado en sus puras líneas por los más puros sentimientos de la reina y de la mujer. Era un respeto religioso lo que tambien le inspiraba... En fin, reuniendo todo su valor, en voz muy baja, tímidamente, poniendo sus palabras una detrás de otra, como si temiese pronunciarlas, Federica le preguntó si no conocia en París uno de esos... de esos sitios en donde... prestan sobre prendas...

Preguntar esto á Eliseo, á este gran bohemio que conocia todos los Montes de Piedad parisienses, que se servia de ellos hacia veinte años como de reservas donde colocaba en invierno un traje de verano, y el verano un traje de invierno!... ¡Si conocia el *clavo*! ¡Si conocia á *mi tia*!... En estos recuerdos de juventud aquel argot de la miseria le hacia *souvenir*. Pero la reina continuaba tratando de asegurar su voz:

—Quisiera confiaros alguna cosa para que la lleveis allí... joyas... Hay momentos de apuro...

Y sus bellos ojos, alzados al cielo, descubrian un profundo abismo de dolor resignado y sobrehumano.

¡Tanta miseria en los reyes! ¡Tanta grandeza humillada! ¡Y era posible todo aquello!

Meraut hizo con la cabeza señal de que estaba pronto á encargarse de lo que se quisiera.

Si hubiera pronunciado una palabra, hubiera bostezado; si hubiera hecho un gesto, hubiera sido para caer á los piés de aquella augusta miseria. Y sin embargo, su admiracion empezaba á convertirse en piedad. La reina, en aquel momento, le parecia ménos alta, un poco ménos superior á las vulgaridades de

la existencia, como si en la triste confesion que le acababa de hacer hubiera sentido pasar un acento de bohemia, algo que era el principio de una caida y que la acercaba á él.

De repente se levantó, fué á tomar en la caja de cristal de roca la antigua reliquia olvidada, que puso sobre el tapiz de la mesa, como un puñado de joyas de todos matices.

Eliseo se estremeció... ¡La corona!...

—¡Sí, la corona!... Hace seiscientos años que pertenece á la casa de Iliria... Muchos reyes han muerto, mucha sangre ha corrido en su defensa... Ahora es preciso que nos ayude á vivir. No nos queda otra cosa.

Era una magnífica diadema cerrada, cuyos aros, cubiertos de adornos, se reunian sobre el casquete de terciopelo carmesí. Sobre los aros, sobre la banda de filigrana trenzada, en el centro de cada florón imitando las fibras de la hoja de trebol, en el extremo de las arcadas que soportaban los florones, se hallaban montadas piedras de todas variedades, el azul trasparente de los záfros, el azul aterciopelado de las turquesas, la aurora de los topacios, la llama de los rubíes orientales y las esmeraldas como gotas de aguas sobre las hojas, y el ópalo cabalístico y las perlas de blanquecino iris; pero excediendo á todas ellas, los diamantes esparcidos por todas partes reflejaban en sus facetas aquellas mil luces, y como un luminoso polvo, como una nube atravesada por el sol, templaban el brillo de la diadema, ya marcada con el sello de los siglos cual si estuviera expuesta á los dulces rayos de una lámpara de Vermeil en el fondo de un santuario.

La reina puso su temblorosa mano sobre ella.

—Es preciso hacer saltar algunas piedras... las más gruesas.

—¿Con qué?

Y los dos hablaban en voz baja como dos criminales. Pero no veian en el salon nada que les pudiese convenir.

—Alumbrad,—dijo Federica.

Y pasaron al verandah de cristales, donde la alta lámpara

producía sombras fantásticas y un largo rayo de los que iban á perderse sobre los céspedes, en la oscuridad del jardín.

—No. . no... las tijeras no,—murmuró ella viéndole dirigirse al canastillo de costura... No son bastante fuertes... Yo ya las ensayé.

Por fin descubrieron sobre la caja de un granado, cuyas finas ramas buscaban contra el vidrio la claridad de la luna, un recator de jardinero. Vueltos al salon, Eliseo trató de quitar con la punta del instrumento un enorme záfiro ovalado que la reina le señalaba; pero la piedra, sólidamente montada, resistía, resbalaba sobre el yerro, impasible en su alveolo. Además, la mano del operador, temiendo lastimar la piedra ó romper el aro que mostraba señales de precedentes tentativas, no era fuerte ni segura. El realista sufría, se indignaba del ultraje que se hacia á la corona. El la sentía estremecerse, resistir, luchar...

—No puedo... no puedo,—dijo por fin enjugando el sudor que corría por su frente.

La reina respondió:

—Pues es preciso.

—Pero esto se verá, y...

Ella se sonrió irónicamente.

—¿Qué se verá!—¿Y quién la mira? ¿Quién piensa, quién se ocupa de ella más que yo?

Y mientras que él volvía á su trabajo, la cabeza inclinada, pálida, machacando entre sus rodillas la régia diadema que el recator despedazaba, Federica, con la lámpara alta, contemplaba el atendado, tan fría como aquellas piedras que lucían en medio de los pedazos de oro exparcidos sobre el tapiz de la mesa, intactas y espléndidas, á pesar de estar desmontadas. . . . .

Al día siguiente Eliseo, que habia estado fuera toda la mañana, entró á la hora del almuerzo, se sentó á la mesa conmovido, turbado, tomando apenas parte en la conversacion, de la que ordinariamente era el promovedor, sosteniendo con su gra-

cia y talento. Aquella agitacion ganó á la reina sin alterar en nada su sonrisa ni la serenidad de su voz de contralto; y terminado el almuerzo, estuvieron aun bastante tiempo sin poder acercarse ni hablar libremente, impedidos por la etiqueta y los reglamentos de vida establecidos en la casa, por el servicio de la dama de honor y la celosa vigilancia de Mad. de Silvis. Por fin llegó la hora de la leccion. Mientras que el niño príncipe instalaba, preparaba sus libros:

—¿Qué teneis?—le preguntó ella... ¿Qué sucede de nuevo?

—¡Ah! ¡señora!... ¡Todas las piedras son falsas!

—¡Falsas!

—Pero perfectamente imitadas.... ¿Cómo se ha hecho eso? ¿cuándo? ¿por quién? ¡El criminal debe pertenecer á la casa!

La reina palideció horriblemente á la palabra «criminal.» De repente, con los dientes apretados y lanzando sus ojos chispas de cólera y desesperacion,

—Es verdad,—dijo.—Aquí hay un criminal. Y vos y yo lo conocemos perfectamente.

Luego, con un gesto nervioso, cogiendo violentamente la muñeca de Eliseo, como para celebrar un pacto conocido sólo de ellos,

—Pero jamás le denunciaremos,—dijo;—¿no es así?

—Jamás,—contestó Eliseo separando la vista: con una sola mirada ambos se habian comprendido.